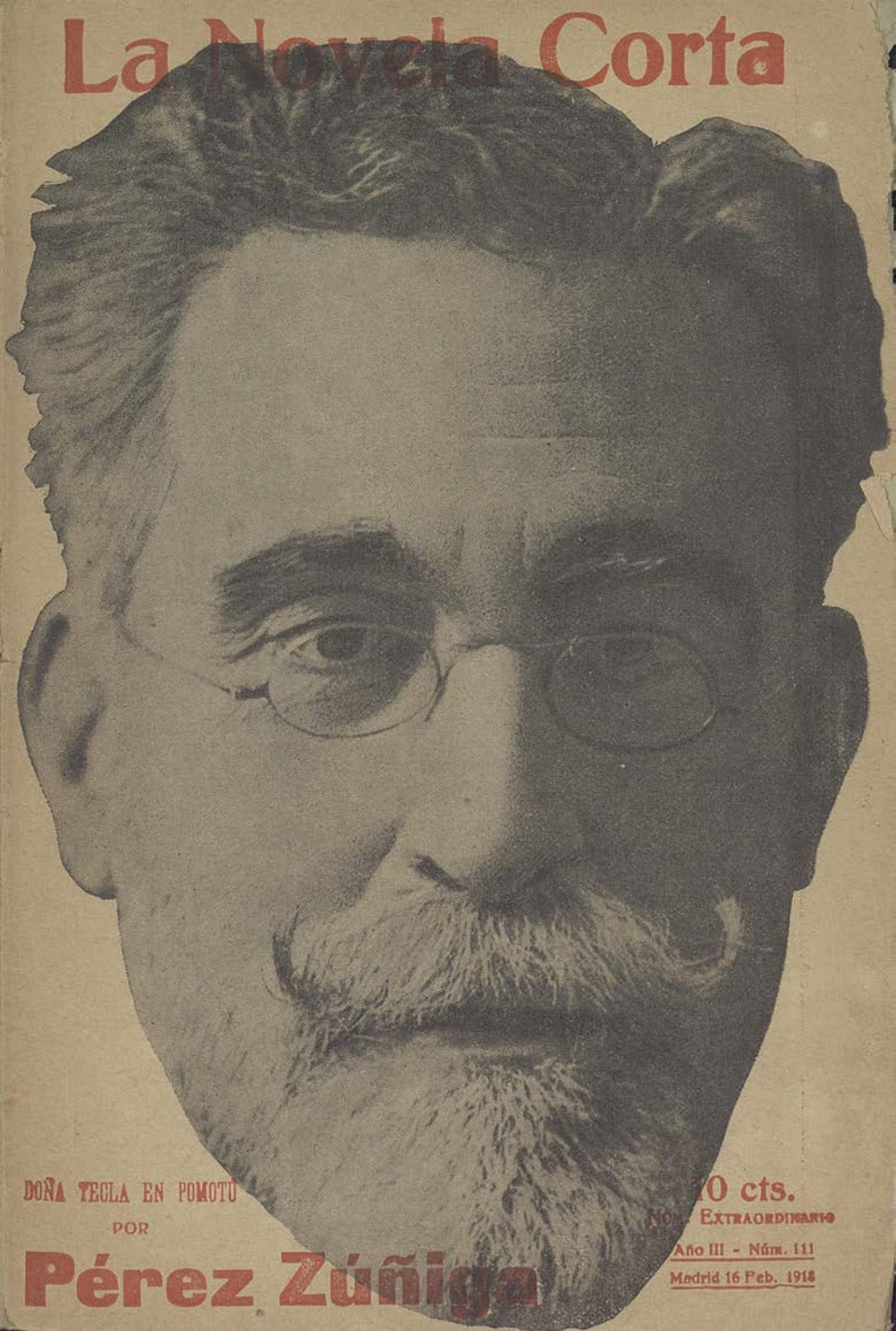
La Novela Corta



DOÑA YECLA EN POMOTÚ

POR

Pérez Zúñiga

10 cts.
NÚM. EXTRAORDINARIO
Año III - Núm. 111
Madrid 16 Feb. 1918

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR

INTERESA EXCEPCIONALMENTE

a La Mujer Elegante

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo.—La sombrilla.—E calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.—Las creadoras de la moda, etc.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.—Bailes.—Tés.—Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.—El Teatro.—Regalos.—Las comidas.—Presentaciones.—Relaciones familiares.—Juegos, Sports.—Estudios y lecturas, etc.

a La Mujer Bonita

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masage.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

a La Mujer de su Casa

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—El comedor.-La alcoba.-La despensa.-La cocina.-El despacho.-Flores.-Bordados.-Encajes.-Ropa blanca.-Costura y planchado, etc.

a La Mujer en general

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber... La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda.—La soltera.—La gran dama.—La señorita.—La funcionaria.—La artesana.—La aldeana.—La religiosa.—La sirviente, etc.

Doña Tecla en Pomotú

CUENTO BUFO, ORIGINAL DE

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(Adaptado por su autor expresamente para «La Novela Corta»)

ANTECEDENTES

El día 3 de Septiembre del año 1850 de la Era cristiana, era cristiana, porque la acababan de bautizar, una niña muy fea a quien habían aplicado el nombre de Tecla, porque sus padres, orgullosos de suyo, tenían la pretensión de que la chica sonara.

El padrino de la criatura, tío carnal de la misma, no sólo por ser de carne, sino por haber ocupado el propio claustro que la madre de aquella, era un madrileño rico, solterón de arriba a abajo y marino de derecha a izquierda.

Desde que tuvo en sus brazos a Tecla, haciéndola sonar, por cierto, contra la pila bautismal, sintió algo extraño alrededor del corazón. En un principio creyó que algún abejorro se le había introducido por la abertura de la pechera; pero pronto se convenció de que aquello que notaba era cariño purísimo hacia su ahijada; y ya fuese porque se le despertó el alma, que hasta entonces babía estado durmiendo la siesta, o ya fuera porque la inocente niña tenía dos lunares, el uno junto a la boca y el otro donde sabía él por casualidad, ello fué que desde aquel día pensó el buen señor refiriéndose a Tecla: «Hay que quererla, es más, cuando llegue el caso; hay que nombrarla heredera del universo, o, mejor dicho, heredera universal.»

Vicisitudes múltiples de la vida marítima, cuya enumeración no es pertinente al caso, se amontonaron sobre don Lupicinio Chumacera (que así se llamaba el tío), y le separaron para siempre de la tierna parvulilla, no sin que la tal separación le produjera honda tristeza, notables trastornos físicos y, sobre todo, una especie de escarlatina que le dejó el rostro como un chaleco de fantasía.

Por aquella época, el vapor *Taparrabos* que con excelente éxito dirigía don Lupicinio, tenía su derrotero en la Polinesia y navegaba a la sazón con rumbo a Nueva Zelanda, que realmente para el marino sería todo lo Zelanda que él quisiera, pero de Nueva no tenía nada, porque ya se la sabía de memoria.

Quiso su mala estrella que una vez, al llegar de noche al Archipiélago Peligroso o de Pomotú, embarrancase el *Taparrabos* en un bajo de masa coral, y al despuntar el día pudo observar que se hallaba muy cerca de una isla del acreditado grupo de las islas Gambier.

El capitán Chumacera y su tripulación desembarcaron en la Isla siendo ayudados por los indígenas en la delicada tarea de salvar el cargamento del *Taparrabos*.

Durante los primeros días los salvajes trataron con relativa cortesía a los marinos; tanto, que les ofrecieron a cambio del hierro en tachuelas que conducía el barco, gran cantidad de perlas que don Lupicinio guardó cuidadosamente en las entrañas de una sombrerera de cartón.

Bueno será advertir que en aquellos parajes las perlas andan a puntapiés, hasta el extremo de que los *golfos* del archipiélago de Pomotú, en vez de coger colillas del suelo y depositarías en el bote que les pende del cuello, lo que cogen son perlas como nueces para jugar con ellas al chito y a la taba en los ratos de ocio que les deja libres el ejercicio de la pesca.

A los pocos días de verificado el forzoso desembarco, los indígenas tuvieron por conveniente dejarse de pamplinas y asesinar a toda la tripulación, salvándose únicamente don Lupicinio, que echó a correr con la sombrera llena de perlas, y con ánimo de esconderlas para que no le estorbasen, tomando nota del sitio donde las dejaba.

No era la primera vez (dicho sea de paso) que don Lupicinio huía con una sombrerera, pues allá en sus mocedades se escapó, según dicen, con una joven que hacía sombreros; pero como en el instante de nuestro relato su situación no era la misma, pensó el bueno de Chumacera que la conducción de aquella carga era incómoda y expuesta, y como precisa y forzosamente tenía que tocar en el archipiélago al regreso de Nueva Zelanda, consideró conveniente buscar un punto seguro de la isla y enterrar allí el valiosísimo tesoro que había adquirido, para recogerlo a la vuelta y conducirlo a Europa a los efectos consiguientes.

Claro es que cualquier mortal, por muy Lupicinio que fuese, al encontrarse en el pellejo, terso aún, de Chumacera, hubiera llevado siempre consigo la sombrerera y hasta hubiese dormido con ella, pues no hubiera sido la primera vez que... etc., etc., según queda indicado. Pero si tal hubiera hecho nuestra hombre, ahora no habría posibilidad de continuar este curioso relato, y en lugar de sacar partido de aquella caprichosa resolución y de sus complicadas consecuencias, tendría que dedicarme a explotar otro asunto cualquiera o acaso a tocar el violín por la calle.

Quedamos, pues, en que don Lupicinio cogió su sombrerera, abarrotada de perlas magníficas, y haciendo una trabajosa excavación con su dentadura postiza a falta de almocafre, en un lugar intransitable de la isla, escondió el preciado tesoro, lo tapó perfectamente, y a fin de hallarla a su tiempo, colocó encima una lápida de marmol de Carrara, con una expresiva inscripción que él mismo grabó, valiéndose de un mondadientes, en la convicción de que de mandarlo esculpir le hubiera explotado cualquier dilapilador o inteligente en lápidas de los que andaban por allí.

Cumplido este sagrado deber, tuvo el señor Chumacera la suerte de tropezar con una piragua abandonada: tomó posesión de ella: se dirigió a las islas de Sociedad, adonde llegó de noche, más muerto que vivo, y allí logró embarcar en un buque mercante que le condujo a Nueva Zelanda.

Los sinsabores padecidos por don Lupicinio le acarrearon una afecciòn al hígado que le aproximó al sepulcro más de lo regular. Las arenillas que había llegado a reunir en tal víscera dieron a esta el aspecto de una salvadera, visto lo cual, los médicos tuvieron la galantería de desahuciar al enfermo completamente.

Don Lupicinio, viéndose con un pie (no recordamos cual) en la tumba fría, hizo testamento a favor de su ahijada y sobrina Tecla Hormiguillo, ante el notario míster Jackson (año 1896 después de Jesucristo), pues era hombre de capital (ya hemos dicho que era de Madrid), y no quería que se llevara el demonio lo que a Tecla correspondía.

Pero la naturaleza de don Lupicinio, que era una de nuestras primeras naturalezas, triunfó de la enfermedad, y tres meses después pudo embarcarse nuevamente, logrando que en los Estados Unidos le dieran el mando de un buque purgante que *atendía* por el nombre de *Isla de Ruibarbo*.

.....

.....

Lo que ocurriera durante el transcurso de ocho años al padrino de Tecla no ha tenido albergue, ni por un instante, en nuestro humilde cerebro. Unicamente sabemos esto que refiere acerca del bravo marino el *New-York Herald* con fecha 6 de Marzo de 1904:

«*Siniestro marítimo*

Según despachos de la Habana, el vapor *Acordeón*, mandado por el capitán

don Lupicinio Chumacera, tuvo un abordaje con el *New Pacific Singer*, yéndose a pique y pereciendo dicho señor y toda la tripulación, después de haber chocado contra su voluntad.»

. . . . . .

. . . . . .

CAPITULO I

¡La Bella Gaviota!—El arrojo de una pasajera.—¡Pobre capitán.—Un relato y una relata.—Documentos importantes.—El legado del tío.—¡Pomotú a la vista.—Del barco a la barca.—En tierra cuasi firme.

Era el martes 5 de Abril de 1904.

Sobre el horizonte descubríase un punto que a primera vista parecía una azofaifa, pero a segunda vista resultaba una goleta.

Era *La Bella Gaviota*, embarcación inglesa que avanzaba con rumbo al archipielago de Pomotú.

Sobre cubierta se hallaba sentado el capitán, y dándole conversación, una señora gruesa y bigotuda que, con un cubo de zinc sobre los rodillas mórbidas, arrojaba por la boca en caprichosa alternativa, ya delicados residuos de su almuerzo, ya curiosos detalles de su historia.

Acompáñeme el lector y sabrá quién era la dama, cosa fácil de averiguar, puesto que entre el tercero y el cuarto botón de su gabancito color Villanueva le asomaba una tarjeta que decía:

Tecla Hormigullo

VIUDA DE BUTIFÁRREZ

La conversación de la pasajera y el capitán hallábase interrumpida, muy a disgusto de éste, que sentía viva curiosidad por conocer el motivo de un viaje tan extraño como el que hacía por tan revueltos mares aquella mujer no menos revuelta.

La interrupción tenía por causa única el mareo de que estaba siendo víctima doña Tecla desde que pisó el barco, mareo que frecuentemente producía en ella angustias mortales de necesidad, probando que a todo ser viviente le llega lo suyo, pues la viuda del capitán de infantería don Sergio Butifárrez había vivido mareando a todo el mundo, y alguna vez tenía que ser ella la mareada.

Pasadas las cuartas congojas de aquella hora en la que todo el pasaje acostumbraba a hacer la digestión de la comida, compuesta de sopa y tres platos fuertes, la *espiritual* viajera prosiguió su interesante relato:

—Figúrese usted—dijo al capitán—que aquella memorable mañana, cuando acababa yo de picar la cebolla para condimentar un arroz que volvía locos a mis huéspedes, un fuerte campanillazo me conmovió profundamente, porque estaba esperando al casero y tenía que darle una negativa bochornosa.

Aquí hubo de interrumpir nuevamente el relato doña Tecla por la llegada tumultuosa de una inconsciente turba de fideos finos.

El capitán se hizo atrás y volvió la cara discretamente para conservar los fideos propios en su correspondiente lugar.

Dos minutos después, y serenados los ánimos, prosiguió doña Tecla, diciendo:

—El campanillazo no era producido por mano española; mi perspicacia lo conoció. Yo esperaba un inglés de mi jurisdicción, y resultó un inglés auténtico; era nada menos que el secretario de la legación inglesa, que manifestaba vivísimos deseos de hablarme.

El rubor por fuera, la curiosidad por dentro y el involuntario llanto causado por la cebolla, daban a mi rostro el aspecto de una máquina de coser; mis manos pringosas reclamaban la intervención del estropajo, y el aseo personal repentino debía proceder necesariamente a mi entrevista con el recién llegado. Me lavé, pues, en un periquete, o mejor dicho, en una palangana, y salí a la sala, donde ya

me estaba esperando mi extraño visitante, que se entretenía, mientras aguardaba, en examinar el retrato de mi pobre Butifárrez, hecho con pelo de su tío, el general Narváez y guarnecido caprichosamente con calomelanos y avellanas tostadas.—¿Está usted documentada?—me preguntó el inglés.- Sí, señor—le contesté distraída—, estoy documentadísima; porque soy sola para hacer la comida y las camas de siete huéspedes... Entonces el inglés, después de sonreirse burlonamente, me pidió la partida de bautismo mía, la de mi difunto y la de mis padres en suma, siete.

(Aquí el capitán hizo mentalmente un cálculo de cuántos fueron los padres de su interlocutora).

—Antes de entregar al inglés las siete partidas...

—Recuerdo haber oído hablar de las siete partidas...

—Bien—contestó doña Tecla—, pues antes de entregárselas al diplomatico, le rogué con acento circunflejo, a causa de la emoción, que me explicase el motivo de áquella extraña demanda, y su respuesta fué entregarme un sobre voluminoso dentro del cual había un documento que, por lo largo y lo ancho, no quiso leer el inglés en aquel instante...

(En aquel instante sintió doña Tecla una nueva congoja, y el capitan, sin aguardar un nuevo disparo, llamó al camarero y le pidió una taza de té a escape. No bien aparecía el té por la escotilla, apareció en el espacio una aceituna procedente de las purísimas entrañas de doña Tecla, que fué violentamente a incrustarse en el parietal derecho del camarero, bien a su pesar.)

Tras esta última consecuencia del mareo, continuó la pasajera diciendo:

—El inglés se marchó dándome la enhorabuena por el contenido del documento misterioso, y yo me quedé con la boca abierta de par en par. Mas como yo no acertaba a leer aquello, porque la emoción me embargaba y porque estaba escrito en el idioma de *Kepis*, acudí al cuarto de un tal don Hermógenes, huésped mío, que sabía el inglés perfectamente desde que tuvo el tifus, y con sorpresa inaudita, señor capitán, oí que se trataba del testamento de mi querido tío Lupicinio (que Dios *haiga* perdonado), testamento que viaja conmigo siempre y que va usted a ver ahora mismo.

Y sacando de su seno níveo un pliego amarillento y al parecer comido por los ratones, se lo presentó al capitán que lo leyó de cabo a rabo.

En el documento se consignaba que don Lupicinio Chumacera legaba a su ahijada Tecla Hormiguillo de Butifárrez una sombrerera llena de perlas magníficas cuyo peso no llegaba a media tonelada, pero que seguramente pasaba de dos kilos, oculta en el terreno indicado en un plano adjunto, y que se halla en la isla de Tinkea, el sitio más solitario y oculto del archipiélago de Pomotú.

—Ya ve usted qué fortuna me encontré de repente—exclamó la pasajera dando palmadas en el muslo del capitán.

—¿Y sobrevivió usted a la alegría de la herencia?

—No, señor; lo único que pasó fué que se me quemó el arroz, que los huéspedes se me insolentaron, y que tuve el valor de despedirlos de un golpe, porque ya no me hacían maldita la falta.

En pocos días vendí mi mobiliario, que era precioso, aunque se hallaba un si es no es desmejorado, dejando únicamente depositado en casa de un cura castrense amigo mío el retrato de pelo de Butifárrez y el calentador de cama con que, a falta de sartén, se freía los huevos Butifárrez, porque no permitía que nadie los tocara. Era una manía, ¿sabe usted?

Con el importe del mobiliario me puse en camino para Nueva Zelanda, y lo demás ya usted lo conoce.

—Bueno—dijo el capitán devolviéndola el pliego—, guárdese el documento en donde estaba abróchese nuevamente y límpiese de paso esos tres fideos quo aún titilan sobre el segundo botón.

En esto estaban cuando el vigia dejó oir su bien timbrada voz para gritar: «¡Tierra a la vista!» Entonces doña Tecla y el jefe del barco dirigieron sus lentes hacia el horizonte y, en efecto, divisaron una especie de neblina que no era sino la cima de la isla de Tinkea, perteneciente al archipiélago de Pomotú (arciprestazgo de la Polinesia).

—¡Gracias a Dios!—exclamó la pasajera, devorando con sus ojos el espacio—.

¡Allí está mi tesoro! ¡Allí está mi preciada sombrerera!... ¡Sí! ¡Parece que la huelo!... ¡Cuántas perlas me aguardan! ¡Qué porvenir se me ofrece! ¡Qué poco bacalao con patatas voy a consumir en adelante!

Y mientras decía esto, sumamente alterada y nerviosa, zarandeaba bruscamente al capitán, que no pudo menos de decir a doña Tecla:

—Señora, felicito a usted por tanta fortuna; pero no participo de la alegría de usted, y me está usted estropeando el uniforme.

Doña Tecla soltó al capitán y bajó al camarote con objeto de arreglar sus chirimbolos. La goleta había avanzado más de una milla, y se puso al pairo para evitar los numerosos arrecifes que hay en aquellos parajes de naturaleza esencialmente madrepórica.

Poco después fondeaba la embarcación, y en una lancha que echaron al agua puso todos los pies doña Tecla, no sin haber intentado antes besar al capitán y rogarle que la esperase hasta el día siguiente, cosas ambas a las cuales se opuso el bizarro marino; a la primera, para evitar los celos de la tripulación, y a la segunda, porque tenía que hacerse a la mar inmediatamente, añadiendo, por vía de consuelo, que probablemente pasaría por allí dos meses después y la recogería como una preciosa carga.

Esta fué la única galantería que el capitán dirigió a doña Tecla durante la travesía, haciéndola saltar las lágrimas y saltar al bote, que ya la esperaba contoneándose.

La viuda de Butifárrez navegaba sobre la frágil barquichuela, oprimiendo amorosamente entre sus rodillas un pollo asado, unas lonchas de jamón, un par de naranjas, un panecillo y una botella de vino, que el cocinero de la goleta le había dispuesto en concepto de merienda, y que ella pensaba retener en su interior por más tiempo que los alimentos del barco, dada la probable inamovilidad de la tierra firme, en la cual, si a veces se padecen mareos, no son de la clase aludida.

Llegar a tierra, coger a doña Tecla en brazos el más robusto de los marineros y trasladarla desde el bote a la playa, todo fué uno. Alejóse la lancha, y la valerosa aventurera, ante aquella soledad, quedó perpleja y sin hablar palabra, en primer lugar porque no tenía con quién, y en segundo porque su arriesgadísima situación, a pesar del pollo asado, así se lo imponía.

II

El monte Kuska.—Prodigios de la Naturaleza.—Doña Tecla para arriba.—La sombrerera.—Terrible documento.—Una aldea salvaje.—La inspiración popular.—¡Al monte!—La viuda privada.

Lo primero que hizo doña Tecla, después de dirigir una tierna mirada de despedida a la lancha, fué suspirar hondo, tentarse la ropa, mirar al pollo y encaminarse al no lejano monte conocido con el nombre de monte Kuska, donde la esperaba la sombrerera del tío Lupicinio, henchida de perlas.

Empero no pasemos adelante sin hacer una descripción tan exacta como cursi del paraje, porque realmente lo merece.

Figúrese el lector un dilatado bosque donde abundan las coníferas con sus fieros conos y las monocotiledóneas con sus monísimos cotiledones. Allí ostentaba el *glandarius paledíformis*, tan conocido entre los botánicos rusos, sus hojas aterciopeladas. Aquí y acullá cimbreábanse los tallos del *magnesius efervescentis* de Linneo con sus espumosas hojas de laxante parra; un poco más allá elevábase altivo el *guernicacus arbola*, tan estimado en la Mandchuria, cuyas ramas entrelazábanse con las del *romanonus candealis* o árbol del pan y con las de los helechos (hechos eles) y las berengenas y el mijo.

Enfrente, conforme se sube, descollaban del paisaje abruptas rocas; abruptas, cual si cíclope gigantesco, al par que volcánico, hubiera pasado de largo por allí, dejándolas sin tallar y amontonadas por natura do la mano humana del hombre civil jamás osó domeñar la cósmica ley del equilibrio estático. Entre el florido césped que tapizaba las rocas los escarabajos de vívidos matices arrullábanse amorosamente en angelical concierto, y sólo turbaban su reposo idílico mil suertes de pintadas lagartijas, cuyos melodiosos trinos reflejaban en la alborada de aquella tarde la cándida alegría que germinara en su verdoso pecho. Por doquier

pululaban los guacamayos con sus abigarradas plumas las tersas aguas de los sonoros si que también mansos arroyuelos que serpenteaban por las bien hilvanadas faldas del monte umbrío. ¿A qué otra cosa convidaba tan encantador paisaje sino a recostar el soñoliento cuerpo en blanda hamaca, mecida suavemente por la perfumada brisa?

Esto hubiera hecho doña Tecla, pero allí no había hamacas de alquiler, y además, como, según el lector sabe, tenía la buena señora el espíritu en una sombrerera, todas aquellas maravillas de la Naturaleza le importaban un rábano. Así es que, cogiendo de la mano al pollo asado, comenzó a trepar por la ladera del monte Kuska, mirando el plano a cada momento y expuesta a romperse algún hueso de imprescindible uso, por su impaciencia en llegar a la posesión de las perlas escondidas.

Mil fatigas, y por ser tantas no las enumero, experimentó doña Tecla durante aquella ascensión penosa. ¡Nunca se la olvidará el día de la ascensión! Sudando Tecla como un pollo y sudando el pollo como una Tecla, llegaron a la cima del monte, en la cual se dejaba entrever la dilatada abertura de una concavidad natural. En ella se precipitó doña Tecla con el plano en la diestra, de tal modo que cualquiera, al verla ocultarse tras un accidente del terreno y con un papel en la mano, hubiérase imaginado que iba a cumplir una ley natural, más bien que a descubrir una sombrerera.

A todo esto el sol, profundamente ruborizado, a juzgar por el encendido color crepuscular, se hundía majestuosamente en el horizonte, y la goleta, sin hundirse, por fortuna, alejábase tanto, que no tardó en parecer un punto de los de más modestas pretensiones.

A los pocos instantes un estridente aullido, impropio de una tecla bien afinada, retumbó en el espacio, y nuestra viajera, toda desencajada, con los ojos casi fuera de sus órbitas correspondientes y erizado el crespo bigote, miraba, ora al cielo, ora a la sombrerera, blandiendo en la mano una carta, con visible asombro del pollo asado, que era el único testigo de aquella escena.

La carta era la siguiente:

«Querida sobrina y ahijada: Me alegraré de que a la vista de las presentes líneas te halles con la cabal salud que yo para mí deseo. Sabrás que, ya repuesto de la grave enfermedad que me obligó a otorgar testamento en favor tuyo, vine a recoger las perlas que aquí había a bordo del vapor *Acordeón*, dispuesto a gastarme alegremente el importe de las mismas.

Siento mucho que te hayas molestado en venir, pero así descansarás de huéspedes una temporada y te ilustrarás un poco, que buena falta te hace.

No dejes de visitar las islas de Tatakoto y Puka-Puka, que son muy notables por su constitución madrepórica.

Te dejo la sombrerera, que está en muy buen uso y puede servirte para guardar manteca, y en el fondo de la misma encontrarás cinco pesetas para ayuda de tus gastos de regreso, si es que no prefieres quedarte aquí, en donde los naturales son muy distinguidos, a pesar de haberse almorzado a varios de mis marineros cuando naufragué la primera vez que toqué en estas costas.

Cuídate mucho, y ya sabes que te quiere tu tío

LUPICINIO.»

Concluyó la lectura de la carta, que para ella fué un dardo, tornóse amoratada, lanzó un formidable berrido, y girando sobre sí misma, cayó desplomada encima del pollo, privada completamente de todos los sentidos, incluso del común.

La noche había cerrado, y en sus sombras podíase observar las siluetas de varios hombres desnudos, con la cabellera suelta y adornados con collares de conchas y de coral, armados de arcos y flechas y toscamente pintarrajeados con colores rabiosos, subiendo la escarpada ladera del monte Kuska, al que servía de vivo remate la abultada barriga de la desmayada doña Tecla.

Dejémosla entretenida con su desmayo, y roguemos a la bella lectora, o al pío lector, que tenga la bondad de transportarse con la imaginación a una aldea salvaje situada a una milla y tres palmos del monte de referencia.

A la caída de la tarde veíase, entre el azulado humo que salía de los fuegos de la aldea, un grupo de chozas de cónico remate, con techos de bálago y palma, que le daban un carácter palmípedo y balaguero muy marcado. En torno a estos

débiles edificios, multitud de indígenas solazábanse, ora con sus cantos, ora con sus danzas, sin que ningún general La Barrera les impidiese el esparcimiento bullicioso y fúnebre en que se ocupaban.

Oíase el tan-tan insistente acompañando a las voces de la popular canción que a continuación reproducimos:

«Chócala—chícala—chocolatera,
mátala—chúpala—la churriguera.
Píkala—ráskala—la petenera,
sákala—métela—la korredera.»

Los ejecutantes de este precioso salmo eminentemente religioso cantaban en la plaza del pueblo ante el ídolo Pichirri, representado por una botella de coñac descascarillada y cubierta por una zapatilla suiza, en señal de luto. Y sus saltos y piruetas y el acompasado movimiento de sus armas y el hallarse poseídos de una excitación mística capaz de asombrar a San Juan Nepomuceno, tenía por causa la celebraciòn de la reciente muerte de su tirano rey Káskara II, de resultas de la dentición.

Uno de los guerreros que no tomaba parte en las aludidas danzas introdújose de repente en el grupo bullanguero, y señalando con su azagaya al cercano monte, dijo estas palabras, que produjeron asombro general:

—¡¡Maraman, caray-caray-chalecon de marrasquino, tica-moka-karrakukataday!!

Imagínese el lector, dada la gravedad de estas palabras, el efecto que producirían en la alborotada concurrencia.

Durante un momento fué todo confusión, vocerío y armas al hombro.

Por fin, entre todos, destacóse un individuo que no se parecía en nada a Melquiades Alvarez, y tras de un breve discurso, cuyas frases estaban encaminadas a prevenirles lo que habían de hacer, se dirigió, seguido de media docena de salvajes, por la senda que conduce al monte.

Enterados, como estamos, de los intentos brutales de aquella gente y de la terrible situación de aquella señora sin ventura y sin sentido, ¿qué extraño es que temblemos por su suerte? Aterrorizados, pues, tapémonos la correcta faz, como hizo Moltke en las Termópilas cuando su hijo Putifar quiso asesinar al rey Godofredo de Bullón cabe las afueras de Port-Arthur.

Indudablemrnte, a la pobre viuda de Butifárrez le esperaban días amargos después de una decapitación prematura, que había de ensangrentar una vez más las tranquilas ondas del océano mal llamado Pacífico. ¡Pero sólo el Sumo Hacedor conoce los arcanos de la vida!

Prosigamos.

III

Los festejos de Kachucha.—La choza del soberano.—Ministros al natural.—Títulos y brochazos.—Las vueltas que el mundo da.

El aspecto del poblado de Kachucha, que ya conocemos por haberlo visto de noche, era a la mañana siguiente sumamente alegre y pintoresco. Una de las notas más alegres era la presencia de varios cadáveres humanos, artísticamente descuartizados, con ramitos de perejil en la boca, dispuestos para el gran festín que iba a celebrarse.

Las casas hallábanse engalanadas con los huesos de los antepasados; algunos bofes de los últimamente sacrificados ondeaban cual rojos gallardetes aquí y acullá, esparciendo purpúreas gotas de sangre sobre los alegres rostros de los transeuntes tinkeanos, que celebraban aquel día la provisión inesperada y providencial del trono de sus mayores. Los músicos salvajes, sin necesidad de particellas, sonaban sus flautas, hechas de tibias, con verdadero frenesí, y las danzas macabras se sucedían sin interrupción en torno de la real choza.

Invito al mil veces pío lector y a la cada día más bella lectora a que, procurando sortear las piltrafas de los alimenticios súbditos de Kachucha, sembradas por el suelo, penetren conmigo en la vivienda destinada al soberano.

Esta era la mayor de las chozas de Kachucha, y en su interior se advertía inusitado movimiento de personajes. En un rincón del salón central, que era el único aposento de la casa, tres ministros casi desnudos (y decimos casi porque lle-

vaban gorros hechos con piel de secretario particular) hallábanse celebrando importantísimo consejo.

No dudamos de los conocimientos políglotas de nuestros lectores; pero, en obsequio a los que, aun pasando de analfabetos, apenas hayan llegado a perfectos monóglotas, consignaremos, fielmente traducidas, las frases que cruzaron los consejeros de la corona.

—Señores—decía el ministro de la Guerra—, ¿no se han fijado ustedes en los bigotes, en el color y en el olor del ser humano hallado en la cima del monte Kusca? Pues entiendo yo que el tal ser no puede ni debe figurar entre los comestibles destinados al pueblo.

—Abundo—dijo el de Gracia y Justicia—en las mismas ideas que mi digno compañero acaba de derramar. Y me permito explicar el por qué de la exaltación al trono de nuestro sobrenatural aparecido.

—No sólo—interrumpió el de Hacienda—encuentro acertadísima la elección aludida, sino que bajo el aspecto económico es inapreciable. (Murmullos de aprobación.) La lista civil, señores, ha venido costando al pueblo de Kachucha veinte narices de tinkeanos cada semana por tener que pagar sueldo al rey y a su consorte. Considerando, pues, que el prisionero recientemente aclamado es hombre por el bigote y mujer por otros síntomas que no son de este lugar, resulta que, aunque la cosa tiene narices, con la mitad de las narices consignadas en la lista civil puede cumplir su compromiso el Estado y destinar la otra mitad a gastos de fortificación y a evacuatorios o subterráneos.

Los ilustres interlocutores manifestaron su conformidad absoluta, en lo cual demostraron su indiscutible superioridad con relación a los ministros españoles, que jamás suelen estar acordes en sus deliberaciones.

Terminado el consejo, y antes de prestar juramento al nuevo rey, apoyóse el salvaje de Gracia y Justicia sobre las espaldas del esclavo que hacía de mesa y, dándole un coscorrón en la cabeza, que produjo una sonoridad hueca, se presentó al llamamiento el pintor de heráldica de la corte. Entonces, el de Hacienda sacó del forro de la gorra un trozo de hojaldre donde estaban consignados los títulos propios del rey de Tinkea, y se los fué leyendo al pintor por este orden, para los efectos consiguientes:

«Luz del Sol», título de la dinastía.

«Jarabe de Tinkea», título de la región.

«Kachaza», título para andar por casa.

Y «Rayo brillante de agalla de besugo» (título equivalente al de cardenal entre nosotros).

Seguidamente, como complemento a estas manifestaciones, leyó el citado ministro el nombramiento de dios, libre de gastos y tatuajes, a favor de un pequeño ser asado que hallaron los descubridores debajo del inerte prisionero en la cumbre del Kuska.

No necesitó más el pintor heráldico para saber que inmediatamente había de cumplir su artística misión, y dirigiéndose a un corralito regio contiguo a la choza y convertido en capilla ardiente (quizá por el calor que en él hacía), procedió a pintar los títulos expresados sobre una masa de figura humana, si no tan blanca como la nieve, más blanca que los indígenas, yacente sobre un lecho de piedra que en el centro del corralillo descollaba

¡Pobre doña Tecla! ¡Quién había de decirle, cuando vivía el capitán Butifárrez, que la luz del sol bañaría sus desnudas carnes allende el Pacífico! ¡Quién osara pensar, cuando alimentaba con notoria deficiencia a sus sufridos huéspedes, que un día habría de ser aclamada reina de una región de antropófagos y pintada de arriba abajo por la salvaje mano de un hombre tan opuesto al modo de ser del pobre Butifárrez. Es indudable que la Providencia nos tiene reservadas siempre grandes sorpresas, cosa que me permito recordar al lector para su tranquilidad y efectos oportunos.

IV

¿Dónde estoy?—Proclamación, acatamiento y otras frioleras.—El señor de Korcho.-¡Viva Tecla!-El dios chico.- Reinar antes de morir.- El tatuaje y la comida

El desmayado cuerpo de doña Tecla, despojado de toda vestidura y tendido

boca arriba en la pétrea mesa, merced a la pericia del pintor íbase cubriendo de dibujos representando refulgentes astros, asquerosos reptiles, peces de colores y adornos mil de los más variados matices, sin protesta alguna por parte de la paciente, gracias á su aparente falta de vida. Pero cuando estaba firmando su trabajo el artista, precisamente sobre el punto más sensible del solomillo real, tales cosquillas produjo con el pincel en la epidermis de doña Tecla, que ésta volvió en sí, murmurando la consabida pregunta de «¿dónde estoy?»

Gracias a su entereza de carácter y a su valor reconocido, pues no hay que olvidar que era viuda del capitán Butifárrez, doña Tecla no tuvo a bien sucumbir repentinamente al verse en aquella situación, en aquel traje y en lugar tan extraño para ella.

¿A qué sucumbir? ¿A qué fallecer? ¿Por ventura no había perdido ya todas sus ilusiones, que por arcano de la Providencia se hallaban depositadas en una sombrerera? Pues qué, ¿tras golpe tan rudo habían de hacer mella en su bien templado ánimo las nuevas desventuras que le ofrecía una vida exótica en los antípodas de su casa de huéspedes? No; doña Tecla no podía dejarse vencer por el dolor y la sorpresa. Sus pupilos podían dar fe de ello. Encogióse, pues, de hombros, repartió una mirada indiferente entre su pintarrajeado vientre y la estúpida faz del pintor, murmuraron sus labios una plegaria... y pidió el pollo.

Aquella vuelta en sí de doña Tecla produjo en palacio (llamémosle así) gran sensación y extraordinario regocijo. Los ministros, los altos dignatarios, así como los de pequeña estatura y los servidores de todos los sexos y jerarquías, acompañados por el destripador general, acudieron junto a la marmórea mesa y prosternándose ante ella, hundieron la frente en el polvo (porque aquel día no habían tenido tiempo las criadas de barrer bien el corral), y levantando tres veces los brazos en alto, pronunciaron al unísono, cual si formasen un orfeón salvaje, la palabra sacramental: «¡Chipén, chipén!»

Lo primero que hizo doña Tecla fué incorporarse y suplir con sus manos la falta de ropa como buenamente pudo, y roja de cólera, comenzó a increpar a la concurrencia por la poca consideración con que se la trataba, mediante el breve discurso siguiente:

—Señores, ¿cómo se entiende que la siempre casta viuda del capitán Butifárrez haya sido objeto de una profanación tan inaudita? ¿En qué país vivimos, so groseros? ¿Quién sino aquel que pudre pudo osar jamás dejar al descubierto el alabastro de mi rabadilla, un día nívea y hoy verde con pintas? ¿Quién es el bellaco atrevido que me pintó este besugo al sur de la región abdominal? ¡Esto es ignominioso, intolerable, sacrílego!

El ministro de la Guerra, creyendo que doña Tecla se deshacía en elogios de aquella gente, exclamó sonriente:

—¡Chipen, chipén!

Pero el de Hacienda, al que instintivamente le había sonado mal la perorata de la flamante reina, envió rápidamente a buscar un individuo llamado Korcho que conocía un idioma muy parecido al de la augusta señora, a fin de que les sirviera de intérprete.

No tardó en acudir respetuoso el Korcho mencionado, y efectivamente se entendió desde luego con doña Tecla, pues usaba una lengua muy semejante a la de la reina, aunque no tan limpia

Y con la mediación del intérprete se entabló el siguiente diálogo entre la reina y sus ministros:

—El pueblo te ha proclamado reina.

—Lo estimo. Pero ¿con qué permiso habéis dispuesto de mí?

—Porque para alimentar al pueblo no es conveniente carne tan blanca como la tuya.

—En eso de la carne estamos conformes—dijo doña Tecla, notando que la suya se le ponía de gallina.

—Además-añadió el de la Guerra-, como reunes las condiciones de hombre y de mujer, según bajo el prisma que se te mire, te hemos considerado un ser divino.

—Mil gracias. Que yo era divina me lo dijo mil veces Butifárrez cuando éramos novios. Pero lo demás no lo entiendo.—Y añadió para sí: Dios mío, qué prisma será ese a que aluden? ¿Dónde estará el prisma?

—Tal divinidad—añadieron los presentes—no podía menos de ocupar el trono, vacante a la sazón.

—¿Cómo te llamas, reina?—la preguntó el ministro de Gracia y Justicia, preparándose a apuntar el nombre sobre una paletilla de su secretario particular.

—Tecla—respondió majestuosamente la interpelada, rascándose una greca que tenía pintada sobre un vacío.

—¡Tekla! Tekla!—exclamaron todos los circunstantes, y transmitieron el nombre al pueblo, que aglomerado y curioso aguardaba los acontecimientos alrededor de la choza.

Un tecleo ensordecedor, una especie de rapsodia de Listz para piano, se esparció por la aldea, y acto contínuo se fueron retirando de la choza todos, excepto los ministros y el intérprete, a los cuales doña Tecla pidió con insistencia y tras prolongados bostezos el pollo de que antes se hizo mención.

—¡El pollo es dios!—dijo el intérprete traduciéndolo directamente de las palabras de un ministro pronunciadas en correcto kachipuche, que es el idioma de los tinkeanos.

—¿Desde cuando es dios?

—Desde esta mañana, según real decreto de la misma fecha. Como tal le adoran en el templete de la plaza.

—¡La que menos podía esperarse un pollo asado! En fin, sea lo que quiera, yo tengo el apetito más abierto que nunca y ruego a ustedes que me den pronto de comer.

Fueron los ministros a preparar la comida a su reina y esta quedó sóla en la estancia a donde la habían acompañado aquellos desde el corral. Tendióse sobre un lecho de palmas y tabacos y allí comenzó a reflexionar.

—Examinemos claramente la situación—murmuró para sí—. ¿Me conviene seguir en el trono? Sí. Entre reinar después de morir, como doña Inés de Ulloa, o morir después de reinar, como hacen todas las reinas sensatas, lo mejor es optar por lo segundo. Reinemos, pues, evitando así que estos caníbales se aprovechen de mis substanciosas carnes y de mi natural debilidad. (Aquí doña Tecla preludió un bostezo y prosiguió): —Pero, ahora que me fijo, ¡qué mal pintado esta este cangrejo de la rodilla! ¡Ay, todos son recuerdos para mí! ¡Cómo se me representan ahora los arroces con cangrejos que les condimentaba a mis huéspedes! Pues ¿y éste congrio de la pantorrilla? ¡Cómo me recuerda el último cólico de Butifárrez! Lo que más me carga es este gato negro que tengo sentado en la boca del estómago! ¡Qué toscamente pintado está! Le pasa lo que al lagarto del brazo derecho. ¡Cómo se reirían mis vecinas las del segundo si me vieran con tanto dibujo que parezco una alfombra de moqueta! Menos mal de que así me hago la ilusión de que tengo ropa, con la ventaja de que ésta no se me descoserá fácilmente.

En este soliloquio, amenizado con bostezos frecuentes, se hallaba entretenida doña Tecla, cuando aparecieron en la sala los ministros y el intérprete con la comida que tanto deseaba la nueva soberana de Tinkea.

Mas cada plato que la presentaban la producía una sorpresa y todas eran desagradables.

El primer manjar consistía en la cabeza de un niño de dos años en pepitoria. Doña Tecla se acordó de las ansias sufridas en el barco que la condujo allí y rechazó el plato, con gran asombro del ministro de la Guerra, que no cesaba de asegurarla que estaba riquísimo.

El segundo plato compuesto de raiz de malvavisco y pasta de caracoles, también fué rechazado con asco manifiesto por la policroma doña Tecla.

El tercero y último plato consistía en un besugo, guisado con aceite de hígado de bacalao, que era el aceite que usaban en Tinkea para todos los guisos, después de emplearle para darse brillo al pelo.

Aunque repugnante, doña Tecla, impulsada por el hambre, apechugó con el besugo y no dejó de él más que las espinas, lo cual produjo gran asombro entre los circunstantes, puesto que generalmente lo que ellos comen son las espinas y dejan el pescado.

Terminada la comida (sin meses ni entrepostres, o viceversa) dijo a la reina el ministro de la Guerra que había ordenado una piragua a las islas Gambier con una

comisión nombrada para participar a sus moradores la elevación al trono de la reina Tekla, y acto seguido ella, deseosa de conocer sus dominios, pidió a los ministros que tuviesen la bondad de acompañarla a dar una vuelta mientras regresaba la aludida comisión de las islas Gambier, pero por el momento no complacieron a la reina los señores ministros, cosa que también suele ocurrir en algunos paises, civilizados al parecer.

V

Doña Tecla ante el pueblo.—La sartén constitucional.—Palabras son palabras.—Metió la pata el lorito.—Mensaje del rey Koleta.—El pueblo excitado.—Armas y piraguas.

A la mañana siguiente y en derredor del nuevo ídolo a quien los tinkeanos adoraban, es decir, el pollo asado (que se hallaba por cierto a medio devorar con gran sorpresa de los indígenas), multitud de guerreros armados de flechas, arcos, azagayas y crises, reuníanse como para asistir a una manifestación militar, debida a la vuelta de los emisarios de las Gantier. Cuando mayor era la efervescencia de la muchedumbre (82 tinkeanos y pico, sin contar los niños y los gatos) un toque de tambor resonó cabe las palmeras, como anuncio de la salida de la reina Tekla a la luz del día, cosa que había intentado la buena señora varias veces, sin realizarlo, a causa de la repulsión que le causaba ver por doquiera piltrafas humanas, restos variados y cabezas de salvajes colocadas en las puntas de la empalizada que rodeaba la aldea, cual si fuesen artículos de casquería.

Efectivamente, a los pocos instantes se presentó la soberana extravagantemente vestida, o mejor dicho, desnuda, ostentando un taparrabos muy coquetón y muy original, compuesto de una sartén por delante y unos lentes ahumados por detrás.

Aclamada ruidosamente por el pueblo, iba la reina andando entre los ministros cuando de pronto le vino en gana detener su paso y arengar a las masas. Mas teniendo necesidad de imponer silencio para hacerse oir, echó mano del recurso de los reyes sus antepasados, y con el propio cetro, consistente en el molinillo de una chocolatera, se dió tres golpecitos en la sartén que produjeron, como de costumbre, el silencio apetecido, hasta el punto de que no se oía el revuelo de un rinoceronte, y no decimos de una mosca, porque se las habían comido todos los golosos de la población.

Inmediatamente la reina, traducida por el Korcho, comenzó a dirigirles la torpe palabra en estos términos:

—Vasallos queridos: El alto puesto que ocupo en el trono de vuestros mayores me obliga a rebajarme para dirigiros la palabra. Ya se que en vuestra notoria estupidez no me comprenderéis lo que os diga; pero aquí estoy para iluminar vuestros *celebros* vacíos. (Varias voces: —¡Chipén, chipén!)

Percutió la sartén el molinillo por tres veces, y el silencio reinó en Tinkea nuevamente.

—Sí, señores—continuó la soberana—; durante mi augusto mando sobre vosotros todo será paz, bienandanza y derramamiento de sangre humana. Ya que aquí la carne no figura entre los enemigos del alma, carne tendréis.

—Por supuesto—dijo bajito al ministro más próximo—, a mí que me sigan sirviendo el cuotidiano besugo.

Al mismo tiempo dirigía disimuladamente una rápida y expresiva mirada al pollo asado, que sobre un pedestal se hallaba haciendo en serio el papel de dios.

—Sí, amados oyentes míos; la viuda de Butifárrez velará por vosotros, guiando su corazón hacia la paz y concordia entre los estados comarcanos; concordia y paz que han de ser siempre cordialísimas y han de favorecer mis vastos planes de llenar estos caminos de carreteras y caminos vecinales, túneles, puentes y acueductos, presas, canales y confiterías. La industria y el comercio obtendrán un desarrollo que para sí quisieran las esmirriadas naciones europeas.

—¡Peas! ¡peas!—repitió burlonamente una voz gangosa venida de lo alto, lo cual indignó a la oradora, que se dió cuenta de lo que aquello era cuando a los pocos momentos le presentaron un loro republicano hecho trizas, como autor de la imprudente interrupción; loro que ella se guardó disimuladamente debajo del brazo para cenar.

Grandes proyectos tengo—prosiguió doña Tecla—respecto a la marina, como lazo de unión entre estas potencias, hoy más amigas que nunca, seguramente.

Al pronunciar estas palabras, un guerrero de los que fueron a las islas Gambier, jadeante y sudoroso, se hizo paso entre los concurrentes. Llegó hasta dar con las narices en la sartén de la reina y con la rodilla hincada en el suelo entregó a la augusta señora un pliego lleno de garrapatos que ella entregó inmediatamente al intérprete para su lectura.

El documento, firmado por el rey de dichas islas, decía brutalmente así:

«Señores ministros de Tinkea: Me apresuro a participaros que la noticia de la proclamación de Tekla como reina de ese estado nos ha parecido a mí y a mis vasallos una barbaridad soberana. Ese trono es mío y habéis cometido una usurpación que os costará muy cara. Dispuesto estoy a comerme vuestros ilustres hígados con cebolla picada, y en cuanto a la intrusa, holgareme de rebañar sus entrañas con mis reales uñas tan pronto como se me presente ocasión. De grado o por fuerza, el trono de Tinkea será mío, a no ser que queráis ver a vuestro pueblo convertido, por obra de mis cortantes armas, en una enorme albóndiga de carne humana. Sin más por hoy, queda vuestro afectísimo y seguro servidor,

Koleta I, rey de Gambier.»

Como acababa de hablar de paz y concordia firmísimas, la indignación que produjo el documento en la nueva reina fué un modelo de indignaciones particularmente en lo que se refería al rebañado de las entrañas. La rabia se apoderó de su ánimo, y sin esperar a más, comenzó a patalear en presencia de todos, llamando la atención con el movimiento de la sartén a modo de péndola de reloj, y excitando con grandes voces y con la precitada péndola a todos los tinkeanos para que inmediatamente contestasen con las armas en la mano a las arrogancias del rey de las cercanas islas.

La excitación cundió en el pueblo y todos se aprestaron a la lucha, preparando sus armas y sus piraguas mientras la reina se retiraba a deliberar con sus consejeros en la regia choza.

Poco duró la tal deliberación. En el terrible acuerdo se revelaba el carácter bélico de la viuda de un capitán que, como Butifárrez, había tomado parte en multitud de combates terrestres y marítimos, sin contar las escaramuzas domésticas.

Mientras varios emisarios salían de Kachucha para levantar en armas a todos los moradores de Tinkea, los más ligeros con la reina y sus ministros al frente, se dispusieron a armar piraguas y a echarse a la mar tan pronto como fuera oportuno, con dirección a las islas Gambier y con una intención de todos los demonios.

Mientras unos afilaban sus armas, otros envenenaban las flechas frotando sus puntas con cerveza alemana, y en estos preparativos invirtieron el día, acabando por colocar centinelas en la costa.

A las doce de la noche uno de ellos avisó al ministro de la Guerra que el enemigo se apercibía también para la lucha. El ministro a su vez corrió a palacio para manifestar a la reina la urgencia de la partida, y con sorpresa vió que Tecla no se hallaba en palacio. Buscóla por todas partes, y al llegar a la plaza do estaba el ídolo, encontróse a la buena señora liada a mordiscos con el pollo asado que ya estaba descarnado completamente, hasta el punto de que aquello no era Dios, ni Cristo que lo fundó, sino un caparazón indecente indigno de ser adorado por nadie.

Sin aguardar a que alborease el día, hiciéronse a la mar las piraguas tinkeanas, abarrotadas de guerreros pintarrajeados y llenos de ardor bélico entre las que descollaba la piragua regia con la reina y sus ministros.

VI

¡A cualquier cosa llaman el Pacífico!—La piragua de la reina.—La salida del pollo.—¡Pecho al agua!—Terrible combate.—Pobres tinkeanos!—Una reina difuminada.

Entreguemos a las delicias de la descripción comenzando por el horizonte.

Una débil claridad aparecía por el Oriente. Leve brisa refrescaba el ambiente, apaciguando los rigores del océano, ya Pacífico de suyo, aunque disimuladamente. Algunas estrellas rezagadas brillaban todavía en el zenit como queriendo luchar con el astro rey que natura hace asomar generalmente por el Este a la hor

del crepúsculo matutino, crepúsculo llamado así porque de matute suele entrar el sol en brazos de la alborada a visitar a la tierra y a templar las ondas del acuático elemento henchido de cloruro de sodio, de víctimas de naufragios y de calamares en su tinta.

A Occidente alzábanse peñas abruptas, sumidas aún en densa oscuridad, limitando su contacto con el mar anchas franjas de esa espuma nívea que la resaca produce rugiendo por doquier y semejando gigantesco canesú prendido en la camisa nupcial de las bodas de la tierra con el mar.

Las blancas gaviotas, ebrias de satisfacción al verse gaviotas y no escribientes temporeros, rozaban sus albos pechos con las preñadas olas, que iban a estrellarse allá en las rompientes do el líquen mezclándose con las algas marinas, esmaltaba las coralíneas rocas fecundando millones de moluscos que entreabrían las calizas valvas para elevar sus preces al Sumo Hacedor de todas las cosas.

(Como es de suponer que esta brillante descripción arranca un aplauso al lector, interrumpo la narración para darle las gracias y luego prosigo.)

Acérquese la imaginación del lector, procurando no mojarse, al grupo de piraguas de Tinkea y asista con nosotros al encuentro de las que llamaría escuadras in portugués clásico.

En la mayor de ellas la reina Tekla balanceábase abstraída de las operaciones marítimas, y con la cara oculta entre las regias manos parecía sumida en honda meditación.

¿Meditaba en efecto? No meditaba en efecto. Lo que hacía era sentir nuevamente los ya olvidados síntomas del mareo que tanto la mortificó a bordo del buque inglés. De repente irguióse pálida, y acentuadas en su fuero interno las angustias que son de rigor en tales casos, arrojó de sí, ante el asombro de los distinguidos tripulantes de las piraguas próximas, algo que conmovió profundamente a todos. Percatados de lo que salió de aquel real aparato digestivo, todos los circunstantes, como movidos por un resorte, doblaron las rodillas y se dieron repetidos y sonoros golpes de pecho. ¿Qué habían visto exteriorizarse para dar rienda suelta a semejantes manifestaciones de respeto y sumisión? Pueden suponerlo nuestros lectores: la reina Tekla había expulsado las últimas partículas de dios de los tinkeanos, antes pollo asado. A pesar de la salida del extraño dios, a los acordes de la marcha real, doña Tecla no dió por terminada su expulsión. Faltaba el último besugo y no tardó en presentarse en medio de los sudores de la víctima y de la mal reprimida repugnancia de sus ministros, siendo verdaderamente admirable cómo el escamado animalito pasó dando coletazos de gusto desde el real tubo a las cristalinas ondas, que raudo cruzó para volver a unirse con sus húmedos colegas.

En mal estado quedó después de estos desahogos náuticos doña Tecla, de cuyo *arrojo* habían quedado plenamente convencidos sus secuaces.

Repuesta del percance gástrico, quedó la reina en condiciones de dirigir la lucha, animando a los marineros que no cesaban de atracarse de nabos como la mejor preparación para un combate naval.

Todos ellos estaban dispuestos a hacer uso de las armas, y tenían los ojos clavados en el Norte, por donde habían de aparecer las piraguas enemigas.

Aparecieron en efecto y avanzaron simultáneamente los isleños de Gambier y los de Tinkea.

El choque era inevitable. La catástrofe inminente. La presidencia, acertada.

Doña Tecla, evocando a su Butifárrez del alma y echando de menos el chocolate que daba a sus huéspedes para aniquilar con él al enemigo, a falta de torpedos y cañones, lanzó los cuatro mejores ternos de su repertorio para infundir ánimos a sus súbditos.

La batalla comenzó a las cinco y diez y ocho minutos de la mañana.

Las primeras embarcaciones enemigas avanzaron rápidamente y se formaron en línea de combate a unos cien metros de las costillas de doña Tecla. Paráronse, paráronse también las piraguas de Tinkea, y entre las del bando contrario destacó se la figura de un guerrero que pedía algo. En un principio creyóse que pedía cerillas para encender su cigarro, pero pronto se supo que lo que quería era parlamentar con la reina enemiga. Esta, sin darse cuenta de ello, sintió flotar en su interior el espíritu de Joffre; y a la intimación del contrario para que se rindiese, co-

testó con una palabra que comenzaba con *m* y terminaba de muy mala manera.

Aunque había dificultades para entenderse de bando a bando, porque el telégrafo con hilos estaba enredado y el sin hilos no funcionaba todavía, la misteriosa palabra llegó a los oídos enemigos más clara que lo que hubiera sido de desear, produciendo en ellos peor efecto que si se les hubiera mentado la madre.

Durante unos instantes solo siguieron a tan breve parlamento varios silbidos inarticulados.

Doña Tecla se volvió a los suyos y les dijo:

—Guerreros de Tinkea: Aprestaos todos a derramar vuestra sangre para levantar el edificio de la monarquía tinkeana sobre los cimientos de esta vuestra reina...

No pudo continuar la oradora en lo del edificio, porque la primera piedra se la puso un enemigo en pleno vientre, caricia naval que obligó a la interesada a refugiarse en el centro de su barco y a derramar cuatro o cinco lágrimas de dolor más amargas que el agua del mar, con la que se fusionaron inmediatamente, en medio de un vocerío tan recio como desafinado.

Imposible es describir el furor (bíblico según doña Tecla, bélico según los demás), que se apoderó de ambas escuadras. Durante media hora se acometieron mútuamente con una furia verdaderamente cruel. Las piedras volaban de parte a parte, oscureciendo la luz del sol, hasta el punto de que creyeron más de cuatro que había llegado la noche, y comenzaron a bostezar. Las piraguas, abordáronse unas a otras, y entablada feroz lucha cuerpo a cuerpo, acometiéronse los combatientes con hachas, vitriolo, sonetos modernistas y rompecabezas envenenados y las henchidas olas abríanse aquí y acullá para dejar paso franco a los ensangrentados cuerpos de los cadáveres que en aras del amor dinástico lanzaban su postrer suspiro, con el propósito firme de no volver a suspirar después.

Profunda emoción causaba la caída de los difuntos guerreros en el húmedo lecho del proceloso mar, cuyas madréporas ibanlos recibiendo en su regazo con marcadas pruebas de cariño maternal. Y menos mal que no intervino en la trapatiesta ningún submarino.

Arriba, en la superficie, sobre las rizadas ondas, iba cediendo la lucha, a causa de que las embarcaciones iban desapareciendo deglutidas por el océano, quien por su condición de mar Pacífico sentíase molestado al verse teatro de un fiero combate.

Este cesó por fin.

Unos salvajes se retiraron en lanchas y otros en lonchas, quedando victorioso los caníbales de Gambier, que con gritos descompasados y ademanes de poca educación se retiraron hacia sus islas dando vivas al rey Koleta I, que a consecuencia de aquella jornada quedó dueño y señor de Tinkea y de su reina, cuyas arrogancias y pompas dejó anuladas en media hora, haciéndola quedar a la altura de lo que había sido mucho tiempo; es decir, de una patrona de huespedes de a diez reales con principio variado y capitán difunto.

Apenas había podido resistir la vencida reina los últimos golpes de su adversidad. Los insultos del enemigo, el mal estado del estómago propio, la desaparición de súbditos ensangrentados y el temor de futuras complicaciones, pusiéronla en un estado de ánimo que comenzó en desvanecimiento y acabó en una especie de fallecimiento provisional que, afortunadamente, le duró poco tiempo.

Cuando abrió doña Tecla los irritados ojos encontróse fuertemente amarrada en el centro de una piragua enemiga.

Desde que se había visto presa en las redes del amor de Butifárrez no había vuelto a caer en poder de enemigo alguno. Así es que cuando notó que era prisionera de los de Gambier, en unión del ministro de la Guerra y de otros cuatro salvajes, no pudo reprimir un rugido y una maldición, a los que contestaron con risotadas burlonas los vencedores.

Estos eran unos sujetos muy parecidos a los tinkeanos, pero algo más fornidos, más gallardos y terriblemente feroces.

Iban en dirección a las islas Gambier, deseando llegar para celebrar su triunfo. Doña Tecla no sabía qué hacer, si desear encontrarse ya en la tierra enemiga o no llegar a ella nunca, y mientras meditaba sobre esto, el jefe de la tripu-

lación de la piragua (y le suponemos jefe porque era el que cortaba el bacalao), comenzó a cortar pedazos de uno de los prisioneros, aunque no era bacalao precisamente, diciendo a sus soldados; —«Cortad también, que ya es hora de que tomemos un bocadillo.»

No se hicieron de rogar los antropófagos, y sujetando al prisionero elegido (que era casualmente el pintor de cámara que había tatuado a la reina), comenzaron despiadadamente a mutilarle, sin haber tenido la atención de darle antes la puntilla ni de mandarle el primer aviso.

Doña Tecla, como le tenía ojeriza desde que, cumpliendo altos deberes la hubo de pintarrajear las alabastrinas mollas, no se indignó ante la salvajada de aquellos brutos, antes bien, le pareció cosa muy acertada y plausible.

Y sin prepararse el estómago con ningún vermout, uno le cortó una oreja, otro le rebanó el cerviguillo, otro le cercenó las canillas, otro le sacó la lengua, cosa que él tomó a burla, y después de increparle todos porque estaba soso, a lo cual contestó él por señas que le dispensaran porque no era suya la culpa, ofrecieron a doña Tecla todo lo que aún quedaba por cortar en el cuerpo del prisionero. Doña Tecla hubiese aceptado: pero consideró que Butifárrez podía observarla desde el cielo y se excusó con los comensales de la mejor manera que pudo.

Inútil es decir el mal rato que pasaría la pobre señora teniendo que presenciar aquel festín y, sobre todo, pensando que una vez en las islas Gambier ella misma constituiría uno de los platos del banquete con que el rey iba a celebrar su victoria.

—¡Cómo va a relamerse el monarca—decía—con mis turgentes carnes, después de haber yo logrado que nadie se relamiera con ellas, excepción hecha del que pudre!

El peso de estas reflexiones hizo que la piragua zozobrase varias veces, y en tal disposición dieron vista a la primera, de las islas, y al poco tiempo arribaron a ella.

El corazón de doña Tecla palpitaba con tal violencia que la velocidad máxima del automóvil, comparada con la de aquellas palpitaciones, parecería la velocidad de un guardacantón.

¡Y es, lectores amados, que la existencia tiene grandes encantos y que tratándose de vivir no hay quien no pertenezca al partido conservador, porque todo el que muere prematuramente recibe uno de los mayores disgustos de su vida!

Es lógico, pues, que doña Tecla, no obstante su alejamiento de España y a pesar de los bichos, los colorines, los adornos y las inscripciones imborrables que afeaban su cuerpo, quisiera seguir figurando en el número de los vivos.

Y con la esperanza puesta en Dios y los ojos en todo lo que había quedado incólume en el cuerpo del expintor de cámara, llegó a tierra la sobera[illegible] prisionera; ayudáronla a saltar, y rodeada de curiosos fué conducida inm[illegible]amente á presencia del rey, que se encontraba en su palacio completamente [illegible]acho, motivo por el cual no había dirigido el combate naval en persona.

VII

Koleta I.—Una papalina extra.—Brebaje líquido y amor sólido.—El rey consorte y la reina con suerte.—Siesta.

El rey de Gambier era un tipo sumamente extraño. Abotargado, pintarrajeado de mil colores chillones, hasta el punto de parecer más bien que un rey un pellejo de vino tapado con una colcha, presentaba todos los síntomas del hombre dominado por el alcohol, dominio que le impulsaba más que a nada a la ferocidad.

Precisamente cuando la reina destronada y los demás prisioneros llegaron a presencia del monarca, éste se hallaba dando rugidos en el paroxismo de la borrachera, hasta el extremo de que cuando se presentaron los primeros guerreros vencidos le extrañó mucho su llegada, porque ni siquiera se acordaba de que hubiese habido combate alguno: tal era el lamentable estado de su real cerebro.

Maquinalmente ordenó que le fueran presentados los prisioneros, ninguno de los cuales le causó impresión. Pero al llegarle el turno a doña Tecla preguntó con lengua estropajosa quién era aquella hermosa criatura.

Dijéronle que no era hermosa, ni casi criatura, sino la reina de Tinkea, y

dibujando en su fisonomía un gesto que lo mismo podía ser de asco que de amor, echóla con toda confianza un brazo al cuello y la oprimió brutalmente contra su cuadriculado pecho, no sé si con intención de extrangularla o de dar rienda suelta a una pasión fulminante.

Sin embargo de estas dudas, me inclino a creer que la sensación real entró en el terreno de lo sicalíptico, inconsciente por el dominio del alcohol en el sujeto. Y me fundo para creerlo así en que Koleta I no degolló a doña Tecla, sino que, por el contrario, la hizo objeto de una distinción escepcional, cual fué la de presentarle una vasija e invitarla a beber de su contenido.

La pasión, pues, no sería pura, pero sí fué realmente embriagadora.

—¡Mal huele vuestra majestad!—fué lo único que se atrevió a decir doña Tecla, a quien inspiraba verdadero pánico el ebrio monarca.

Rehusó doña Tecla el alto honor de probar el brebaje real. Pero Koleta I, que no estaba acostumbrado a desaires, no se molestó en usar de muchos rodeos para insistir en su invitación, y se insinuó nuevamente, descargando sobre la exreina un formidable golpe de campilán, que rebotó en la sartén, abollándola, a la vez que decía:

—Si no bebes por buenas, habré de apelar a obligarte por medios un tanto violentos. ¡Rayo de Dios!

Y diciendo esto, dejó el campilán clavado en la espalda del más próximo guardia que, por no contrariar a su señor, dobló las rodillas, hincó el pico y quedó muerto para toda su vida.

Doña Tecla, viendo tamaños horrores cerca de sí y amenazada de muerte, no tuvo ánimos ni tiempo para vacilar. No vaciló, pues, y para evitar un segundo golpe regio, cerró los ojos, se echó al coleto el líquido de la vasija y dedicó, como de costumbre en tan críticos casos, un recuerdo muy profundo al capitán Butifárrez.

No experimentó, sin embargo, la ilustre prisionera el efecto mortífero que esperaba. Por el contrario, la bebida la reanimó un poco, calmando las molestias que sentía en el estómago desde que los enemigos la colocaron la primera piedra, y quedó en disposición de arrostrar peligros y más peligros.

Pero ¡ay! no tardó en notar los efectos de una merluza soberana. Y la calificamos así, no sólo por su intensidad, sino porque fué un soberano quien se la proporcionó.

Logrado por el rey su maquiavélico propósito y complacido de ver tambalearse a su huéspeda blanca, vínole en gana que le dejasen solo con ella, capricho únicamente explicable por la perturbación alcohólica de su majestad, pues ya hemos dicho repetidas veces que doña Tecla tenía de hermosa lo que mi abuela de monosabio.

No t[illegible] pues, Koleta I en coger una banqueta y arrojarla violentamente sobre el g[illegible] altos y bajos dignatarios que allí se reunían. Estos, comprendiendo la indi[illegible] se dijeron unos a otros:

—Ahue[illegible]os.

Y ahueca[illegible] por el foro sin decir palabra.

Solos el rey y doña Tecla, aquél manifestó deseos de conocer la historia de su prisionera serrana. Hízola sentar sobre el cadáver del guardia, que aún no había sido arrastrado, y la invitó a que le refiriese algunos episodios de su vida, no sin haberle hecho beber antes otros cuantos sorbos del brebaje real.

Doña Tecla no se hizo *de* rogar; pero como había llegado a un estado de completa perturbación a fuerza de libaciones, habló al monarca en los siguientes términos:

—Muy señor mío: Yo vine aquí a bordo de una sombrerera, atraída por un tío de cartón que había enterrado un barco inglés cuando pasó por estas perlas embarcado en el desengaño de unos huéspedes. Yo tenía islas en casa; pero cuando supe que aquí estaba el pollo, dejé el pelo de Narváez encima del capitán asado que fué mi esposo. ¡Ya ve usted si es digna de compasión esta pobre piragua! Me cogieron los tatuajes de Tinkea, me llenaron el cuerpo de caníbales, fuí reina con sartén y piltrafas, combatí a bordo de una viuda contra los fideos, me trajeron aquí, ¿sabe usted? y aquí me tienes, cielo mío, un poco mareada, pero sin perlas, ni tío, ni Korcho, ni ná...

El rey miraba a doña Tecla con expresión de profunda estupidez, sin comprender nada, pero asintiendo a todo, y hasta permitiéndose darla consejos sobre la manera de tratar a su tío cuando volviese a morir dentro de la sombrerera.

Las últimas palabras del rey no se borrarán jamás de la mente de doña Tecla.

—Tu relato—díjola, cogiéndola el dedo pulgar y metiéndoselo en la real boca—me ha removido completamente. Tú serás reina de estos dominios y vivirás sentada a la diestra del rey que, como ya sabes, es un servidor.

La dió un azote, como para sellar el nombramiento, y calló. Después..

Después, dulce sopor subsiguiente a la borrachera hizo que quedaran cual dos cestos vulgares el soberano de Gambier y su flamante compañera.

VIII

Apetito saciado.—Gran recepción.—Saltos y brincos.—Un hermoso Kuko.—La cita.—El bosque de Kachumba.—Un oyente indiscreto.

Al cabo de seis horas y diez minutos de ronquidos regios despertó ella, ya despejada, serena y dueña de sí. El rey, en cambio, siguió hecho un ceporro y comenzó a soñar alto, a pesar de dormir a una cuarta del suelo, diciendo que amaba a la nueva reina con salvaje frenesí.

No es raro que doña Tecla, al oir tan lisonjeras frases, al par que espantaba las moscas al dormido rey, sintiera el sofocante escalofrío del orgullo y algo de extrañeza ante la suerte que Dios la deparaba, pues en vez de haber sido convertida en rosbif, había sido convertida en reina, no ya de Tinkea, como primeramente lo fué, sino del grupo más importante de las islas de Pomotú, gracias a la feliz circunstancia de haber perdido una batalla naval.

A pesar de las halagüeñas palabras de Koleta I, sintió apetito doña Tecla y pidió de comer. Preguntó cuál era el plato del día y la respondieron que asadura de médico de baños.

Disimuló su repugnancia y dijo que prefería mariscos. Mas no la entendieron; creyeron que pedía mariscales, y la ofrecieron la cuarta parte del ministro de la Guerra en salsa tártara.

Al fin se hizo comprender, y le fueron servidos varios mariscos pertenecientes a las más distinguidas familias submarinas.

A mitad de la comida Koleta I se dignó despertar y comenzó a hacer inocentes carantoñas a la reina de su corazón, preguntándola si la sería grato presenciar una solemnísima recepción en honor suyo. La reina asintió, porque aquel día no tenía que recoserse la ropa, y tan pronto como terminó aquella comida de vigilia forzosa, el rey dió las órdenes oportunas para que se celebrase la recepción inmediatamente.

Figuraron en ella los magos del pueblo, los brujos, los sacerdotes, los sacristanes, el verdugo, el elemento militar, el carnicero, muchas bailarinas, dos o tres hermandades, los consejeros reales, los pendones de la localidad, músicos y danzantes y un acompañamiento tan lucido como lúcido.

Situados los monarcas a la puerta del establecimiento, pasaron por delante de sus narices todos los concurrentes, haciendo piruetas y dando saltos, ¡pero qué saltos! Los que no eran mortales de necesidad, por lo menos eran de pronóstico reservado.

El salvaje que saltó mejor, que era sacristán, por cierto, y apenas cubría su cuerpo gentil con débil tatuaje, chocóle a la reina extraordinariamente por su agilidad pasmosa si que también por su caída de ojos, y el rey, queriéndola complacer, pues aquel día tenía el vino galante y obsequioso, mandó al saltarín que estuviera saltando sin parar ante la reina durante dos horas, al cabo de las cuales tan fatigado y maltrecho quedó, que doña Tecla, compadeciéndose de él, ordenó que le dispusieran un catre de tijera en palacio.

Desde que terminó la recepción, y aprovechando la nueva borrachera del rey, más profunda y más larga que ninguna, la reina dedicóse a prodigar cuidados al sacristán, llamado Kuko, cuya belleza y gallardía habíanla cautivado de un modo tan hondo como repentino. Por sí misma le arropó con hojas de palmera, le dió repetidas fricciones con jarabe de guinda e intentó alimentarle con cangrejos, que Kuko rechazó, pidiendo en su lugar un chiquillo con aceite y vinagre, porque era sumamente aficionado a las golosinas.

Cuando se repuso el bueno de Kuko y se fué a despedir de la complaciente reina, la indicò, valiéndose de la mirada, que se había enamorado de ella brutálmente, y tuvo el atrevimiento de pedirla una cita en el bosque sagrado de Kachumba.

Doña Tecla que a su vez se había prendado de Kuko, no supo qué hacer ante la proposición del gallardo sacristán, pues por un lado el amor nuevo, y pòr otro la ferocidad del rey, unida al recuerdo de Butifárrez y a la miaja de honradez que aun conservaba, la tenían perpleja.

Dijo a Kuko que consultaría con la almohada lo de la cita, pero ni él comprendía quién era la almohada, ni ella pudo hacer la consulta, porque en aquel palacio no se usaban semejantes consultores. Así es que doña Tecla, teniendo en cuenta que no habrían de saberlo las de López, ni los excompañeros de su difunto, ni la portera de la casa de huéspedes, al fin se dió por vencida y quedó con Kuko en que a las diez y cuarto de aquella noche acudiría al bosque, no sin exigir de él promesa formal de que no tendría de ser llamado al orden durante la entrevista.

Llegó la noche, oscura como boca de lobó, como alma de carbonero, como casco de guardia de caballería de Seguridad, o de Seguridad de caballería..!

¡Cuán poético estaba el bosque de Kachumba!

Siento no ser vate modernista para describir el paraje en los tonos apropiados al efecto. Si lo fuera, diría desde luego que el alma del bosque, pálida y melancólica en fuerza de nostalgias de luna y besos de sombra, suplicaba por medio de murmurios de ramas cárdenas y suspiros de lagos azules, el breve retorno del sol fecundo,para que, inundándola con los fulgores de su ardiente guedeja, alejara de su lecho de blancos lirios los importunos cuerpos que con purpúrea lubricidad rumorosa turbaban la glauca armonía del cielo grisáceo y las orugas soñadoras del bosque triste.

Ello es que el tunante de Kuko, más contento que unas pascuas salvajes, con los pies charolados y con una coliflor en un ojal que se había abierto en la piel para europeizarse, aguardaba impaciente a doña Tecla, reclinado en el tronco de una palmera elevadísima.

La reina, por su parte, no esperó a que los relojes de palacio señalaran la hora convenida, pues allí todos eran relojes de sol, y por la noche solían descomponerse.

Personóse en el bosque recelosamente, y pronto comenzó el idilio.

El corazón de doña Tecla era una sucursal de los Altos Hornos. A través de una imaginación que jamás había descubierto en ella el pobre Butifárrez, parecióla ver al feroz Kuko más guapo que nunca y sintiéndose fina y europea por distracción, empezó a hablarle así:

—Bien sabe Dios que he venido confiada en que usted es un perfecto caballero y en que sabrá respetar con su exquisito proceder a quien es una señora en toda la extensión de la palabra, si que también en toda la extensión del archipiélago.

Kuko la oía sin entender tamaña monserga. Caíasele la baba contemplando a la reina lo que la débil claridad celeste permitía y milagro fué que, siendo un salvaje no la devorase siquiera una oreja en aras del amor.

Viendo la reina que sus correctas palabras no habían conmovido a Kuko, varió de procedimiento con éxito feliz; charlaron juiciosamente los amantes, y cuando, al levantar los ojos al cielo doña Tecla, tropezó con tres estrellas juntas, que le recordaron la manga del capitán Butifárrez, sintió un estremecimiento y dió por terminada la entrevista, al mismo tiempo que señalaba las doce el reloj de Kuko, que no era reloj de cuco precisamente, sino una estrella de las más acreditadas.

Regresaron al poblado los atrevidos amantes cantándo en voz baja la Marcha de las Antorchas para ver el camino, y nadie se enteró de lo que había pasado en el sagrado bosque de Kachumba.

La reina caprichosa procuraba disimular su preocupación; pero el rey antropóago encontraba cada vez más fría a doña Tecla, y empezó a inquietarse y a sentirse celoso, aun en los instantes de mayor merluza.

Las citas en el bosque fueron menudeando, y los transportes de amor llegaron a efectuarse en gran velocidad.

El frondoso paraje se hallaba silencioso y solitario siempre. Unicamente advirtieron los amantes que un loro se posaba en el árbol más próximo a ellos, sin quitarles ojo ni perder una sola de sus ternezas. Y como, siguiendo la costumbre establecida entre novios, éstos se repetían las mismas frases invariablemente todas las noches, no tardó el loro en aprenderlas como un papagayo, si bien ocultándolo hasta que tuviese ocasión de hacer daño con ellas, pues era un bicho de muy malas entrañas, un espía vengativo, primo hermano de aquel loro que en Tinkea fué muerto por interrumpir a la reina en un discurso.

IX

Varias noches en el bosque.—Celos medianamente reprimidos.—La denuncia y la venganza o el verdugo generoso.

El día que siguió a la cuarta entrevista nocturna de Kuko y de doña Tecla se hallaba ésta con el rey en la cámara riñendo, por cierto, a causa de los crecientes celos del monarca, cuando penetró en la estancia el verdugo para preguntar a Koleta I de quién quería la carne para el cocido de aquel día.

Tanto irritó al rey la inoportuna presencia del ejecutor de la injusticia que, en vez de responderle, cogió un hacha que tenía cerca de sí para cortarse las uñas y se dispuso a partir por gala en dos al imprudente. Pero doña Tecla, compasiva de suyo, se interpuso entre el verdugo y el rey, diciendo a éste:

—¡No le mates, no le mates, déjale vivir en paz!

Y salvó la vida al infeliz.

Aquella noche se verificó la quinta representación de la escena del bosque, en la cual tampoco sufrió detrimento el impecable honor de doña Tecla.

Kuko no hizo más que besarla en una rodilla, y le vino muy ancho. Por lo demás, los temerarios amantes cruzáronse las mismas frases de siempre; el indiscreto loro las volvió a escuchar, y cuando el mal intencionado animalito presumió que el monarca se hallaba solo en su regia choza, se plantó delante de él y desembuchó cuanto había oído en el bosque, pronunciando los nombres con tal claridad, que no le quedó al rey la menor duda de que eran ciertas sus terribles sospechas.

Como era natural, montó Koleta en cólera, y después de dar al loro las más expresivas gracias por la denuncia, temió que divulgase la deshonra, y determinó comérselo inmediatamente con plumas y todo, sin prever lo que luego pasó, y fué que el animalejo no le sentó bien al rey y le estuvo repitiendo en el estómago las frases mortificantes por espacio de varios días, a lo que puso remedio Koleta I valiéndose del citrato de magnesia.

Aquella situación afrentosa era insostenible para el soberano de Gambier, y sin andarse por las ramas como el loro, llamó al verdugo y le dijo de muy mal humor:

—Esta noche llégate al bosque de Kachumba, en donde, como tú sabes, no hay un alma. Allí preguntas a cualquiera por Tekla y por Kuko. Los sorprendes *in fraganti*, y sin pedirles permiso para efectuarlo, les das muerte a los dos, trayéndome en prueba de ello el corazón de la infiel y las orejas del infame, y entregando sus cuerpos al carnicero para que los venda al precio de la más ordinaria y vulgar de las carnes humanas destinadas al público.

El verdugo prometió cumplir el real decreto, y salió de la estancia un si es no es meditabundo.

Llegó la noche, cosa que no extrañó a nadie. El verdugo se dirigió al bosque un pie tras otro, armado de su enorme hacha, más afilada que nunca, y no encontrando a quién preguntar el paradero de la caluroso pareja, recurrió al olfato para dar con los culpables.

Sorprenderlos y partir a Kuko por la mitad fué obra de un momento. Doña Tecla, sobre la cual cayó la mitad derecha de su amante, quedó aterrada, y una vez solo con ella el verdugo, éste recordó que la reina le había salvado la vida pocos días antes en presencia del rey, y guiado por generoso impulso, impropio de canibales, dejó escapar a doña Tecla, no sin entregarla aquella misma noche, para que se disfrazase, los pantalones, la blusa y la gorra que conservaba de un marinero alemán a quien se había comido el rey el día de su santo.

Doña Tecla se internó, pues, en el bosque vestida de marinero, y el rey que rabió quedó tan tranquilo cuando el sagaz verdugo le presentó las orejas de Kuko y el corazón del mismo Kuko, que en nada se diferenciaba del de Tecla, y por tal le hizo pasar.

El pueblo creyó cierto lo de la muerte de la reina, pero no lo sintió gran cosa, porque no la quería. Y había para ello una razón, y era que doña Tecla daba pruebas de ser muy salvaje a los ojos de los indígenas, puesto que no comía carne de súbdito, sino pescados y otras frioleras verdaderamente despreciables.

X

En pleno bosque.—La flora alimenticia.—¡Buen par de troncos.—Caracoles sin caños.—Los novísimos sports.—*Rayos, truenos y armas al hombro.—Los quejidos de un estómogo.*

Lo primero que hizo doña Tecla en cuanto se vió sola y expuesta a servir de almuerzo al irritado monarca si éste llegaba a descubrir la jugarreta del verdugo, fué internarse en el bosque y buscar un árbol de horadado tronco donde «ponerse piso» a sí misma por una temporada.

Aunque siempre la molestó tener que hacer dos cosas a un tiempo, no tuvo más remedio que andar y meditar a la vez, y una de las consideraciones que se hizo fué la de que en aquellos parajes probablemente habría tanta escasez de fondas como abundancia de fieras, quedando llena de horror ante la perspectiva de una lucha prolongada contra el hambre y contra los animaluchos de la selva.

—Pues señor—exclamaba doña Tecla—, si las fieras me acometen, soy hombre al agua.

No es extraño que con aquel traje, aquella voz y aquel bigote se olvidara la misma doña Tecla de su verdadero sexo.

—¡Soy hombre al agua—repetía—si no encuentro alimentos bastantes para poder vivir!... Y menos mal—añadía por vía de consuelo—que los pocos que encuentre por el bosque seguramente no estarán adulterados.

Y hablaba sin dejar de caminar entre los árboles, do los pintados pajarillos suspendían sus trinos melodiosos para admirarla, considerándola como el animal más ridículo que por aquellas silvestres espesuras habían contemplado jamás.

De pronto las plantas de los pies del apócrifo marinero tropezaron con otra planta que tenía la particularidad de ostentar en su tallo una tarjeta con el siguiente rótulo:

Zanahoribus Rotundifoliæ

OCEANÍA

(Linneo.)

Doña Tecla se detuvo ante aquel latinajo científico, que no supo traducir, porque no recordaba haberlo leído en la letanía de Todos los Santos, y tuvo una corazonada, cual fué la de tirar de las hojas de la planta y sacar la raíz a la vergüenza pública.

La figura de aquello que salió de la tierra no podía ser más a propósito para llenar a doña Tecla de asombro y de rubor; mas el instinto de conservación la impulsó a dar un mordisco en la punta del alargado y misterioso tubérculo, hallándolo verdaderamente sabroso.

No lejos de aquel paraje ofrecióle también sus ocultas raíces la planta del malvavisco, y aun cuando no tenía que aliviarse con enjuagues ninguna inflamación, exclamó gozosa:

—¡Ya tengo *menú!*

En efecto, con la zanahoria y el malvavisco estuvo engañando miserablemente al aparato digestivo el primer día de su permanencia en el bosque, y más de cuatro inquietas lagartijas la oyeron decir repetidas veces:

—¡Ah! Yo bien decía en otros tiempos que mis huéspedes se quejaban de vicio cuando les servía los mariscos un si es no es pasados o les presentaba las carnes demasiado duras! ¡Aquí les hubiera yo querido ver, chupando estos palitroques y comiéndose los tubérculos.

Todo esto lo decía sin dejar de andar, como si la hubiesen dado cuerda, y próxima ya la noche y caminando en compañía de una regular carga de las expresadas sustancias relativamente alimenticias, llegó a tropezar con un corpulentísimo árbol en cuyo tronco carcomido pudo acomodar su fatigado cuerpo, consolándose de la estrechez de la vivienda al pensar que así y todo aún era más amplia que su dormitorio de la casa de huéspedes.

El cansancio cerró los párpados a doña Tecla, y ésta no tardó en quedar a la altura de su alcoba, es decir, hecha un tronco, pasando la noche sin qne ningún contratiempo turbara su respetable reposo

Aprovéchele el lector para considerar lo extraño de la situación de una ex patrona que duerme vestida de marinero alemán y rodeada de malvavisco en el árbol de un bosque de Oceanía.

Los rayos solares, penetrando con timidez en el tronco de doña Tecla, la despertaron, y lo primero que hizo, una vez en el suelo y a falta de tocador, fué aproximarse a un límpido arroyuelo que por allí tenía la humorada de serpentear, y en las cristalinas aguas del mismo, contemplar breve espacio la gentileza de su figura

¿Ustedes saben lo que le ocurrió al célebre Narciso cuando se miró en el agua por haber empeñado el último espejo que tenía? ¿Ustedes recuerdan que se enamoró de sí mismo y se pidió relaciones? Pues bien, todo lo contrario le aconteció a doña Tecla cuando se contempló en la linfa murmuradora

De que se asustó de su imagen no cabe la menor duda. Es más, al ver la facha de su persona reflejada en el arroyo, no creyó que era ella misma, sino un don Crisanto que en tiempos más felices iba a tomar café con Butifárrez todas las noches.

Repuesta de tan desagradable impresión, aunque muy temerosa de lo que el arroyuelo pudiera murmurar, doña Tecla creyó lo más urgente orientarse para ver por dónde podría llegar pronto a la costa y esperar sentada el paso de algún barco que la sacase de aquella situación, pues aunque muchas veces había suspirado por la libertad, la que disfrutaba en el bosque llegó a parecerla excesiva. Mas ¿cómo orientarse?

Pretender encontrar en plena selva virgen un establecimiento donde vendieran brújulas, hubiera sido una locura de marca mayor.

No empleó, pues, más medio para orientarse que acordarse de la plaza de Oriente y del café Oriental, y sobre todo encaramarse a un elevado plátano para ver si el proceloso mar rugía cerca de allí.

Ruscó al efecto el más alto de los plátanos del bosque, para lo cual tuvo que andar largo espacio, dejándose olvidados los comestibles junto al tronco donde la noche anterior había hecho el papel de miga, puesto que estuvo rodeada de corteza.

Algo la contrarió el olvido, a pesar de que estaba cansada de comestibles subterráneos; pero la Providencia acudió en su auxilio, presentándole una cosecha de coles abundante, y a poca distancia de ellas, cerca de un lago que no era pálido ni se quejaba de nada, una cantidad fabulosa de caracoles, en cuyo cascarón, llamémosle así, ostentaban los más extraños dibujos, entre ellos la catedral de Maguncia y la puerta de Toledo, fielmente reproducidas.

Ya puede el lector figurarse lo que doña Tecla diría en presencia de aquellas hortalizas apetitosas y de aquellos animalitos de cuernecillos embolados:

«Caracoles y coles
son mi comida.»

Mas ¡ojalá no lo hubiera dicho!

¿Por qué? Porque la buena señora cogió a deseo ambos manjares, se atracó de ellos desesperadamente y ocurrió lo que era muy natural; que las coles la produjeron un cólico y los caracoles un caracólico, dejándola, más que en condiciones de que la sacasen de aquella tierra, en disposición de que la guardaran en ella para siempre.

Era, pues, preciso variar de alimentación inmediatamente, y doña Tecla tuvo que aguzar el ingenio para poder dedicarse a la caza. Conejos no faltaban por allí, pero al ver inerme a la forastera se reían de ella con la risa del conejo y ninguno se le acercaba. Dióse por fin una palmada en la frente como si una idea fe-

liz hubiérale asaltado, por más que nunca he comprendido la necesidad de agredirse cuando surge alguna idea, y corrió a poner en práctica una cosa que el rutinario lector pondrá en duda; ¡la pesca del conejo!

Por pura casualidad se encontró doña Tecla en el bolsillo izquierdo del pantalón una caña de pescar que el marinero alemán, primer dueño de la prenda, se había dejado olvidada en ella, y haciendo servir de anzuelo una yema de coco que también por casualidad yacía, aunque algo estropeada, en el otro bolsillo del pantalón, puso el instrumento de pesca en condiciones de ser utilizado.

Prosigamos. La pesca del conejo era un *sport* de alta novedad, pero de resultados muy lentos, pues llegó a calcular doña Tecla que por lo menos un día sí y otro no se quedaría sin conejo. Pero como no tenía a mano ninguna repostería y sus quehaceres allí no eran muy urgentes ni muy complicados, dióse por contenta con que picaran el anzuelo los conejos en operación alterna, y así estuvo entretenida tres o cuatro días, pasando sus noches correspondientes en el tronco de un plátano generoso y las siestas tumbada sobre el césped, a la sombra de la caña de pescar.

Más llegó un día en que la distinguida pescadora, oculta en el enredijo de unas crecidas matas, con la caña en ristre y el cebo preparado; quedóse dormida en la suerte, confiando en que, si caía pieza, el peso de esta le serviría de reloj despertador. Y puede el lector figurarse cuál sería el despertar de la buena señora cuando el peso de la caña la hizo caer de bruces sobre las enmarañadas matas, y fijándose en la pieza se halló con que el animalito enganchado no era un conejo precisamente, sino la mayor de las panteras que libremente pululaban por el bosque.

La misma espesura vegetal sirvió de defensa a doña Tecla; pero tan pronto como pudo abandonó el puesto, huyó de allí poseída de verdadero pánico y tuvo la fortuna de dar casualmente en su carrera con el derrotero de la costa.

La mezcla de terror y de alegía que la fiera y el mar produjeron respectivamente en el ánimo de la viuda de Butifárrez, vino a complicarse con la impresión de una próxima y espantosa tormenta que se cernía en las alturas.

Los relámpagos, que no teniendo otra cosa que hacer, se sucedían con frecuencia, y los truenos, cada vez más horrísonos, eran capaces de imponer miedo en el espíritu de los más pusilánimes. Tocóse doña Tecla los pelos para ver si se le habían puesto de punta, y al retumbar en el espacio una nueva formidable detonación, doña Tecla se acordó de Santa Bárbara de Braganza, y la dedicó una plegaria, rogándola que intercediera con el Altísimo para que no tuviese la caprichosa idea de carbonizarla tan lejos de su país.

Sin embargo, ella sabía que no la partía un rayo, y a pesar de la tormenta, no cesaba de caminar en dirección a la costa. Por mera casualidad quiso inquirir si la nube se hallaba o no muy lejana de allí, recordando que para conocerlo cuando era joven salía al campo provista de un metro, medía con él la distancia comprendida entre el relámpago y el trueno, y según éste fuese mayor o menor, así conocía que estaba la nube más o menos cerca de aquel punto.

Lo verdaderamente providencial fué el encuentro que tuvo la ex reina de Gambier poco antes de llegar a la costa, cuando ya la brisa del mar se gozaba en acariciar aquella faz de torta curtida por el sol.

Arrimada a una corpulenta palmera hallábase una carabina sabe Dios desde cuando y por quién abandonada, y al pie del arma un saco repleto de municiones.

Gran sorpresa causó a doña Tecla semejante hallazgo. Examinó el terreno por si el dueño del arma andaba por allí, aunque por el polvillo y por las huellas de bichos que presentaba la carabina podía deducirse que ya era antigua vecina del bosque. A nadie halló, y cargando con ella y con los cartuchos, llegó a las rocas marinas muerta de hambre, circunstancia que le impulsò a preguntarse:—¿Estará mal visto que quien ha pescado conejos con caña cace sardinas con escopeta?

La contestación negativa no se hizo esperar, y después de limpiar con hojas de diversas plantas el arma misteriosa se dispuso a matar a balazos cuantos peces se prestaran a tan peligrosa suerte, confiando en que luego las espumas complacientes aproximarían los cadáveres a las rocas y podría la buena señora destinarlos a su frugal manutención.

El único fracaso que la pobre tuvo en el cultivo de tan forzoso como nuevo *sport* fué que no logró acertar con pez alguno, tanto porque todos estaban con escama, como porque ella no había disparado en su vida más que diatribas contra sus huéspedes y manejaba la carabina como mi abuela pudo haber manejado la flauta.

No consiguió, pues, doña Tecla satisfacer la necesidad del diario sustento, proporcionándose la comida de vigilia con que había soñado y esto la inquietó sobremanera, pues hasta la raíz de malvavisco habíase quedado en sitio de costumbre, muy distante de la costa por cierto.

La gazuza creciente llegó a hacer delirar a la pobre señora. De buena gana hubiera empeñado la carabina para tomarse un bisté y hasta pensó en su desvarío apechugar con una triste jícara de chocolate; pero al ver que le faltaban casi todos los ingredientes para hacerlo, hubo de conformarse (¡lo que puede la ilusión!) con rezar un padrenuestro a Matías López y chuparse el dedo.

XI

Barco a la vista.—La salvación en un pañuelo.—Preguntas y respuestas.—Tecla de mar.—Una merluza funesta.—Al cuarto oscuro.—Meditación final.

Al día siguiente, cuando más entretenida estaba doña Tecla apuntando con la carabina inútilmente a cuantos besugos asomaban la jeta entre las ondas, movidos por la curiosidad de ver a tan extraño enemigo, creyó volverse loca de alegría porque divisó a lo lejos la arboladura de un barco. El pecho se le ensanchó considerablemente; los acelerados latidos de su corazón semejaban el sonido de una carraca de las grandes, el bigote tuvo a bien erizársele de manera ostensible, los ojos se le salían de las órbitas sin pedir permiso, y un sudor copioso de reina jubilada se encargó de dar su correspondiente baño de placer a cuantos animalitos pintados tenían el honor de constituir el tatuaje de la buena señora. Ciertamente la cosa no era para menos...

Impaciente por cerciorarse de que lo que veía era un barco y no una escribanía, encaramóse gateando al cocotero más alto de los que en la costa prosperaban y que por fortuna tenía ascensor.

Una vez arriba (30 metros sobre el nivel del Maura), y suponiendo que sería vista y atendida por los tripulantes del barco, todo le salió a pedir de boca. Estornudó, sacó el pañuelo, creyó oportuno cumplir el clásico precepto que dice «agítese antes de usarlo», y en efecto, antes de sonarse lo agitó con entusiasmo.

Indudablemente percibieron en el buque la agitación del *mouchoir*, que coincidió con la del espíritu de su dueña y con el desprendimiento de algunos cocos que antes balanceara la brisa.

La embarcación se aproximó al teclado, o sea al punto favorecido por doña Tecla, y pronto destacó una lancha tripulada por ocho hijos profesionales de Aleixaiefí, que en poco tiempo se pusieron al habla con la viuda de don Sergio Butifárrez, tomándola desde luego por un hombre hecho y derecho, aunque un si es no es regordete.

Al advertir ella que por tal la saludaban, pensó súbitamente en la conveniencia de pasar por hombre y de aplicarse el nombre de su difunto esposo, y así lo verificó, demostrando una vez más su extraordinario temple.

El recontramaestre del crucero ruso (que tal era aquel enorme barco), había ordenado que condujeran a bordo al desconocido, y allí fué presentado inmediatamente al oficial de guardia.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó el marino.

—Sergio Butifárrez—contestó doña Tecla tranquilamente.

—¿De dónde eres?

—De Madrid.

—¿Provincia?

—De Teruel.

—¿Edad?

—Cuarenta años (y me quito diez).

—Profesión...

—Náufrago.

—¿Quieres alistarte en la escuadra rusa?

—Con mucho gusto.

—¿Jurarás la bandera, no obstante la guerra que estamos sosteniendo con el Japón?

—Le juro a usted que estoy dispuesto a jurar hasta lo injurable. Todo lo haré—añadió para sí doña Tecla—menos consentir que descubran que mi cuerpo no concuerda con mi nombre y que mi cutis parece una revista ilustrada.

Acto seguido el oficial llamó a un recontramaestre y le dijo:

—A ver, Kamelikoff, tállame, filiame y vísteme a este mamarracho. Y cómo sabéis que aquí no se permiten melenas, que me lo rapen ante todo.

Cuantas frases salían de labios del marino eran otros tantos dardos para doña Tecla; porque consideraba que cada vez se iba transformando más, en apariencia, su estado civil y borrándose su condición de mujer. Pero entre esto y que la comiese una pantera cruel o un ministro salvaje, prefería pasar por soldado ruso y aun por auditor de la Rota, si se hubiese terciado.

En menos que se persigna un sacerdote de Méntrida doña Tecla quedó con la cabeza como un queso de bola y equipada de ropa de marinero que daba envidia verla, dedicándose desde entonces al aprendizaje de prácticas navales, comenzando por el estudio de *navalmoral,* o moral naval, y acabando por la *esgrima* de cañón.

El siguiente día no fué muy bueno para doña Tecla, porque la pobre comenzó a sentir mareos, y menos mal que recordando como un gran bálsamo para tales angustias el brebaje del rey de Gambier, procuró agenciarse algo parecido y se echó al coleto un litro de kumel de Riga, que la produjo una curda soberana.

Los marineros celebraban con risotadas rusas las astrakanadas de su nuevo compañero, que, privado de razón, revelaba en sus palabras cosas incomprensibles, porque tan pronto hablaba de su difunto marido, como de su reinado, como de adornos en el vientre, como de un pollo que era dios, como de una sombrerera con la cual tuvo que ver...

Es más, cuando la oyeron decir, en el período álgido de la borrachera, que le había gustado mucho un pollo y que el tal pollo estaba muerto por causa suya, empezaron todos a formar un concepto muy desfavorable del nuevo marino. Menos mal que después oyeron lo de la sombrerera y cambiaron de opinión y tuvieron al supuesto Sergio Butifárrez por un hombre con toda la barba.

Aquella extralimitación alcohólica, vulgo papalina, no podía menos de concluir mal, y así fué, pues armó doña Tecla un escándalo mayúsculo, llegando a insolentarse inconscientemente con el capitán, que tuvo que ordenar el arresto del delincuente después de propinarle dos puntapiés en algo menos huesudo que lo que solía herir con la punta de la bota.

Ingresó el falso marinero en el oscuro calabozo del barco, y allí durmió la mona profundamente. Cuando despertó se dió cuenta de que el barco estaba en alta mar. Entonces, sola y a oscuras la intrépida viuda de Butifárrez, volvió los ojos al pasado y consideró cuán efímera es la vida y cuán veleidosa la fortuna.

—¡Fortuna, fortuna!—exclamó doña Tecla retorciéndose el bigote—. ¡Tú que nos deparas, ora un cocido, ora un trono, ora una sombrerera sin perlas, ora un calabozo con ratas... *ora pro nobis!*

Y resignada a que la Providencia la deparase el porvenir que tuviera por conveniente, del cual no he sabido una palabra cayó de nuevo en un dulce sopor náutico mientras el crucero bogaba cada vez con mayor ímpetu partiendo las olas y molestando a los peces...

Juan Pérez Zúñiga

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.
Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

Fíjese, señora El cabello blanco envejece. ¿Para qué parecer viejos? Usad **La Flor de Oro**, y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante. Se vende en las perfumerías y droguerías.

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo, en número extraordinario la comedia en ***cuatro*** actos

REALIDAD

Habiéndonos otorgado el ilustre maestro

DON BENITO PÉREZ GALDOS

autorización para publicar

LA DE SAN QUINTÍN

invitamos al lector a que adquiera

REALIDAD

que en unión de

ELECTRA
DOÑA PERFECTA
LA LOCA DE LA CASA

ya por nosotros publicadas, componen el teatro selecto de tan ilustre patricio de las letras españolas.

Caricatura de MARIA PALOU
por M. TOVAR

VEINTE céntimos.

JABON

COLONIA
POLVOS
BRILLANTINA

Creaciones de la Perfumería Floralia
Oficin. s. Mad. - 14. Madrid

EXTRALIO
RON QUINA
LOCION

Imprenta y Talleres de LA NOVELA CORTA, Antonio Palomino, 1.—Madrid.